

mente clara y precisa, y saboreaba como la vez primera toda la dulzura en ella encerrada; y se animaban sus ojos, y los labios se le estremecían, y á impulsos de la alegría se agitaban los rasgos todos de su semblante. Una sonrisa apenas perceptible, después una risa franca, después una carcajada convulsiva: el pecho y la espalda ofrecían el mismo movimiento del que está jadeando á consecuencia de una larga carrera. Agitado, convulso, dejábase caer sobre la cama con el rostro entre las manos y ocultaba contra el cojedor aquella mezcla violenta de risa y de llanto, moviendo aún la cabeza como si dijera: — ¡Pobre madre mía!

— ¿Te vuelves loco? — gruñó en cabo atravesando el dormitorio, y deteniéndose después junto al umbral de la puerta por donde iba á salir.

El soldado saltó de la cama, se puso en pie, volvió el rostro y le contempló enternecido y sonriente: no había comprendido. El cabo desapareció murmurando — ¡Está loco! ¡está loco!

En cuanto quedó solo, permaneció un rato pensativo, y luego, cual si de repente le hubiese asaltado una idea, cogió la mochila que estaba puesta sobre la tabla de pan, colocóla encima de la cama, la abrió después de haber fantaseado buena pieza, en tanto que con los dedos temerosos trabajaba en soltar las hebillas, revolvió apresuradamente su contenido con ambas manos, y al cabo vino á sacar cepillos, peines, cajitas y otros trebejos, y arreglándolos y disponiéndolos todo con orden, tomó en la mano uno de los cepillos y apoyando en el tablado de la cama uno de los pies, inclinóse y comenzó á sacarle lustre al calzado, deteniéndose de cuando en cuando para examinar si relucía lo bastante. — Quiero pulirlos. — decía á sí mismo, poniéndose muy serio y formal, en tanto que seguía en su tarea; — quiero que mis zapatos brillen lo mismo que un espejo; quiero estar hecho un buen mozo; quiero agradarle. — Y en cuanto les sacó



La vida militar.

LA MADRE. — Y la contempló largo espacio mirándose en sus ojos

lustre á los zapatos, cogió el cepillo de la ropa, y después los peines, y hurgando de nuevo en la mochila sacó un espejillo redondo, en el cual se contempló largo rato á su placer...

Cuando el alma se halla profundamente agitada por un afecto intenso y delicado, y dominada la mente por pensamientos é imágenes gratas y apacibles, imprímense hasta tal punto en los ojos y en el rostro lo suave de aquel afecto y la serenidad de aquellas imágenes y pensamientos, que el semblante menos agradable, en tanto dura aquel influjo, se ilumina con un rayo de belleza: por esto aquel soldado, todo bondad, contemplándose en el espejo, y viendo su alma reflejada en su semblante, no pudo menos que sonreír lleno de complacencia y satisfacción.

Así estaba cuando llegó á sus oídos el rumor de pasos que subían apresuradamente la escalera. Prestó atención: el rumor se acercaba:—es el cabo de guardia;—entra, mira en derredor, ve á nuestro soldado.—Oye, tú,—dice llamándole por su nombre,—en la puerta hay una mujer que pregunta por tí.

—¡Mi madre!—grita el muchacho, y echa á correr. Atravesó, volando, el dormitorio; bajó en cuatro saltos la escalera; cruzó el patio en un abrir y cerrar de ojos; penetró en la entrada; vislumbró junto á la puerta la figura de una mujer, arrojóse sobre ella, que abrió sus brazos, estrechóse contra su seno, y los dos prorrumpieron en un grito.

Así permanecieron un rato sin pronunciar palabra. Después aquel hijo amantísimo puso sus manos abiertas sobre las sienas de su madre; deslizólas entre sus cabellos grises; inclinóle suavemente hacia atrás la cabeza, y la contempló largo espacio mirándose en sus ojos. Luego apoyó sobre su hombro aquella cabeza adorada, cubrió el cuerpo con los brazos y clavó los labios sobre aquella cabellera de la cual se había desprendido el pañuelo que la cubriera. La buena viejecilla sofocaba los sollozos contra el pecho del hijo, y

estrechándolo por la cintura, deslizaba sus manos descarnadas á lo largo del burdo capote, que, en aquellos momentos, valía para ella más que el más rico manto real.

Los soldados de guardia, agrupados respetuosamente á un lado, contemplaban inmóviles y silenciosos aquella escena conmovedora, y como ellos la contemplaba yo también, que aquel día estaba de guardia en el cuartel, y permanecía de pie junto al dintel de la puerta del cuarto de banderas.

—Ea, madre, serenaos: ánimo: no lloréis así: ¿qué motivos tenéis, madreita de mi alma, para llorar de esta manera? —decía cariñosamente aquel hijo amantísimo, en tanto que con las dos manos le colocaba detrás de las orejas los mechones de pelo que se le habían desgreñado y esparcido sobre la frente merced al ímpetu de aquel primer abrazo. La anciana seguía sollozando intensamente, sin llorar ni pronunciar una sola palabra. Al cabo levantó los ojos, púsolos sobre el rostro de su hijo, sonrió, exhaló un suspiro prolongado, cual si le hubiesen quitado un peso de encima, y diciendo: — ¡Hijo de mis entrañas! — abrazóle otra vez.

—¿Estáis cansada?— preguntóle el hijo apresuradamente, desasiéndose de sus brazos.

—Un poco,— contestó la mujer sonriendo, y dirigió en torno una mirada para ver si encontraba sitio á propósito para depositar el pesado envoltorio que había traído.

—Entrad aquí,—dije abriendo de par en par la puerta del cuarto de banderas.

—¡El jefe! —dijo ella volviéndose hacia mí, saludándome respetuosamente. — Gracias, gracias, señor oficial.

El soldado permaneció sin acabar de determinarse.

—Entrad, — repetí. — Entrad.

Entraron tímidamente, aproximáronse á la mesa; la anciana dejó sobre ella el envoltorio y yo me hice á un lado.

—Deja que te vea, hijo mío; hazte atrás, así; un poco más; que pueda contemplarte, — empezó á decir la buena

mujer. El soldado, sonriendo, se volvía de todos lados á fin de que su madre pudiera contemplarlo á su sabor. Y la madre, echándose unos pasos atrás, contemplándolo de los pies á la cabeza y juntando las manos, exclamaba afectuosamente: — ¡Qué guapo estás vestido así! — Y la pobrecilla se sentía rejuvenecer y le daban impulsos de saltar en derredor de su hijo. Acercábasele, se volvía á alejar, tornaba á aproximarse y se lo comía con los ojos: poníale las manos sobre los hombros y las deslizaba á lo largo de los brazos hasta tocar sus manos; acercaba la cara á su pecho para ver mejor los relucientes botones, y advirtiéndole que con el aliento había empañado la chapa del cinturón, se la limpiaba con la orla del delantal: por último, después de haberle mirado y remirado durante largo rato, echóle de nuevo los brazos al cuello llamándole amorosamente por su nombre. Después, de pronto, se separó de él, y le preguntó ansiosa: — ¿Y la guerra? — El soldado se sonrió, y ella preguntó de nuevo: — ¿Y la guerra? Dímelo, hijo de mis entrañas, ¿cuándo la vais á hacer la guerra? — ¡Bendito sea Dios, madre! ¿quién habla ahora de guerra? — ¿Conque no hay guerra? — preguntó llena de júbilo. — Ya no volveréis á hacerla nunca jamás, ¿verdad? — ¡Nunca jamás! Esto no puede decirse, madre mía. — ¡De manera que volveréis á hacerla! Dime la verdad, hijo de mi vida. — ¡Qué buena sois, madre! ¿Cómo queréis que lo sepamos nosotros los soldados? — Pues si lo ignoráis vosotros que la hacéis, — observó la madre con acento de profunda convicción, — ¿quién ha de saberlo?

Y pronunciadas estas palabras, permaneció inmóvil aguardando la respuesta con ademán tan cariñosamente curioso en su rostro y en toda su persona, con tan placentero sonrís sobre sus labios y con tan inefable expresión en su mirada, que su hijo, sonriente también, contemplábala como en éxtasis; y la halló tan buena, tan dulce en aquel momento, sintió en su corazón tanto afecto hacia aquella pobre mujer, que

sin darse cuenta de ello, de un salto se puso á su lado, ciñóle la cabeza con las manos, besósele apasionadamente, sacudiósele cariñosamente, cual se hace con los pequeñuelos, y poniendo de nuevo los labios sobre su frente, murmuró sonriendo: — ¡Pobre madrecita de mi alma!

Y yo, desde el sitio á que me había retirado, con la espalda apoyada contra el muro y los brazos cruzados sobre el pecho, pensaba:

—He ahí un hombre que adora á su madre, y ese hombre no puede menos que ser un buen soldado, respetuoso, disciplinado, dotado de amor propio y de gran valor. De gran valor, sí, porque los que aman y sienten de veras es imposible que sean cobardes. Ese soldado, puesto en el campo de batalla, se portará como un héroe, y se dejará hacer pedazos, y morirá pronunciando el nombre de su madre. Enseñadle lo que es la patria; hacedle comprender que patria es lo mismo que decir cien mil madres y cien mil familias como la suya, y amaré á la patria con entusiasmo.

Pero conviene empezar por la madre, porque, no cabe desconocerlo: si fuese posible descubrir el germen verdadero y primitivo de los afectos más puros que laten en el corazón del hombre y de los actos nobles y desinteresados de que más orgullosos nos sentimos, casi siempre lo encontraríamos en el corazón de nuestra madre. ¡Cuántas medallas concedidas al valor militar, que brillan sobre el pecho del hijo, corresponden á la madre exclusivamente, y cuántas coronas de laurel, que ciñen las sienes de una cabeza joven y resuelta, ornarían con más justa causa las de una testa encorvada y encanecida! ¡Oh, madres, vosotras no deberíais morir! y ya que esto no sea posible, deberíais permanecer al lado de vuestros hijos, en tanto durara su peregrinación á lo largo del camino de la vida. Respecto de nosotros, siquiera viejos, seremos siempre niños, y os amaremos siempre con el mismo amor. En cambio, vosotras, nos dejáis solos... ¡Oh, no, no,

solos no! Queda en nosotros vuestra adorable memoria grabada en el corazón, vuestra imagen querida ante los ojos, vuestros amorosos consejos impresos en la mente. Y esto nos basta. Cada vez que asalte nuestro ser el tedio desconsolador de la existencia, y una ilusión perdida, una decepción amarga haga que broten en nuestro pecho sentimientos de odio y aversión hacia nuestros semejantes, entre nuestros semejantes y nosotros se elevará justa, bondadosa, pacificadora vuestra santa imagen; nos parecerá escuchar aquella voz dulce, amante, cariñosa, con la cual, siendo niños, nos advertíais y enseñabais el camino que debíamos seguir, y cayendo de rodillas y juntando nuestras manos ante vuestra sagrada imagen, solicitaremos arrepentidos vuestro cariñoso perdón.

En aquel momento llegó precipitadamente al cuartel el primer comandante.

—¿Dónde está el oficial de guardia?— preguntó desde la puerta.

Oíle, procuré serenarme, salí del cuarto de banderas, y firme y con la mano en la visera me le puse delante, diciendo:

— ¡Presente!

Miróme fijamente, y no sé qué vería en mí, que frunció el ceño como si quisiera preguntarme:—¿Qué diablos tiene?